

TERCERA PARTE

ENTRE EL AMOR Y EL ODIO

I

LA ENTRADA EN ESCENA DE TORTILLARD

El miserable duque de Torino, levantándose con dificultad, acababa de coger á su víctima por el talle y se disponía á llevarla á un inmenso canapé que hacia frente á las ventanas. No acabó de efectuar el movimiento, porque una aparición extraña, especie de gnomo gigantesco, acababa de surgir ante él, saliendo no se sabía de dónde. Gonzalvo se quedó alelado de asombro ante aquella manifestación que podía juzgar sobrenatural. Las puertas, cerradas por él con pestillo momentos antes, permanecían en el mismo estado, de lo que se cercioró con una ojeada; ¿cómo, pues, había podido penetrar aquel gnomo?.. Preguntábase si

sería quizá el diablo, su patrón, á quien evocara sin darse cuenta.

La aparición era, en realidad, la de un ser humano dotado de vida; pero se presentaba bajo el raro aspecto de un individuo tan audazmente contrahecho que, con razón, podría creerse que la naturaleza se había burlado del rey de la creación al darle á aquel monstruo por hermano.

Era un personaje de edad indefinida, que tenía una cabeza enorme, sentada en anchos hombros. Su busto encajaba en sólidas caderas que soportaban, casi á raíz del suelo, dos piernas que formaban un arco de círculo, alrededor de las cuales se enroscaban lamentablemente sus medias y pantalones. Los brazos, de longitud desmesurada, parecían poder servirle de muletas, por lo mucho que su extremo se acercaba al suelo.

— ¡He! ¡he! gritó burlescamente el intruso con voz de cobre oxidado que cuadraba bien á todo el conjunto... ¿Está usted bien, señor duque?... ¡Toranzani, su inefable padre, que llevaba también, según creo, el título de duque, cometía sus infamias con depravación menos vergonzosa!..

Mientras hablaba el grotesco personaje, sus ojos lanzaban rayos tan terribles, que Gonzalvo retrocedió, perdiendo todo su aplomo.

— ¿Esos ojos, esa voz? murmuró. ¿Y cómo puede saber?... ¡Ah! ¡si no supiera yo que el otro está muerto, muy muerto!..

El gnomo dió un paso adelante y su voz tomó una

entonación imperiosa para pronunciar una sola palabra:

— ¡Salga!

Y con el brazo tendido, indicaba la puerta.

El italiano no expresó el menor movimiento de rebelión, ni dijo una palabra de protesta. En aquel duende misterioso acababa de hallar una voluntad dueña de la suya. Cogió el sombrero y salió, sin dirigir siquiera una mirada á la pobre mujer que acababa de hacerle hervir la sangre. ¡Aquello no fué una salida, sino una fuga!

Ahora debemos explicar cómo aquel singular hombre pudo introducirse sin ser visto hasta el mismo centro del cuarto de la condesa, y por qué fatal coincidencia el señor Verda, el honrado suizo encargado de la guardia del portal, se había visto en el caso de faltar á la consigna dada, no despachando á los visitantes.

Hacia el mediodía, es decir pocas horas antes de los acontecimientos que acabamos de transcribir, el hombrecillo de las piernas arqueadas había doblado la esquina de la calle de Pavée, internándose en la de Francs-Bourgeois.

Con los vestidos llenos de polvo, como si acabase de dar una larga caminata á pie, parecía fatigado y se arrastraba con dificultad por la línea de sombra proyectada por las casas. Si tenía interés en no ser visto, había escogido admirablemente la hora, la de la meridiana, porque los escasos transeuntes se apresuraban á entrar en sus respectivas moradas, en donde les

esperaba el codiciado almuerzo. Nada hacía prever á aquella hora que la noche del mismo día echaría por aquellas calles desiertas una multitud bulliciosa. Llegado á la puerta del hotel de Lespare, el viajero lanzó una mirada circular y, al verse solo, levantó deliberadamente el pesado aldabón, que volvió á caer produciendo sordo y prolongado ruido. Entonces abrióse en la puerta una estrecha ventanuca, á una altura que obligó al audaz forastero á levantar los ojos. En aquella especie de mirilla enrejada, apareció el rostro de Verda, cuyos ojos, tan grandes como los de un buey, giraron locamente al ver al intruso, y cuya enorme boca dejó pasar un gruñido incomprensible.

El viajero debía de estar al corriente del mutismo salvaje del poderoso cancerbero, porque, casi en seguida, tomando el gruñido por una interrogación, dijo:

— Quisiera ver al señor Méjico, intendente de la señora condesa... ¡Ábrame!

— ¡No! gruñó el suizo.

— ¡Cómo!.. ¿Se niega usted?

— ¡Sí!

Y se cerró bruscamente la mirilla.

— ¡Diablo! pensó el hombrecillo, no puedo enfadarme con ese animal de Verda porque obedezca concienzudamente á la consigna; ¡y sin embargo, tengo que entrar!... Tal vez sea mejor mi segunda estratagema...

Buscó bajo su hopalanda un frasco de paredes hinchadas y sacó de un bolsillo un papel doblado en forma de carta.

— ¡He aquí el medio! murmuró.

Con una testarudez de que no se le hubiera creído capaz, cogió de nuevo el aldabón y empezó á tocar con toda su fuerza. El rostro congestionado del portero reapareció tras la ventanuca entreabierta.

— Soy yo otra vez, dijo el infernal perturbador. Dígame, buen hombre, ¿no es usted ciego, eh?

Le enseñaba el papel al extremo del brazo.

— ¡No! replicó el suizo.

— ¡Ni ciego, ni sordo, ni mudo!... De lo que me alegro mucho... Ya que no puedo ver al señor Méjico, ¿quiere usted hacerme el favor de pasar estas palabras á la señorita Simona, mi prima? ¡Es para asuntos de amor!

La ancha faz de Verda se desvaneció en una mueca exagerada. Ésta era su manera de regocijarse. Al mismo tiempo, soltó una sonora carcajada en las narices del solicitante impaciente y se agarró con ambas manos su enorme barriga, para comprimir sus tempestuosos sobresaltos.

— ¡Oh! ¡oh! exclamó. ¿Te has vuelto loco?... ¡Asuntos de amor!

— Sí. Si el señor Jarnac estuviese ahí, le aconsejaría que me dejase pasar.

— ¿Qué dices, aborto extravagante? ¡Yo tengo mi consigna y debo respetarla! ¿Me tomas, acaso, por un muñeco?

— ¡Dios me libre! Sólo quería darle á entender que mis amigos Jarnac y Chaminade responderían por mí.

Los ataques de furor del terrible guardián no solían ser muy largos.

— ¡Diablo! dijo, calmándose. ¿Los dos magníficos esgrimidores Jarnac y Chaminade son amigos tuyos, camarada?... ¡Haberlo dicho! Dame el papel, que voy á entregarlo.

Sus enormes dedos abultados penetraron por la reja de la ventanuca. El enano se puso de puntillas y tendió el papel. Mas éste no pudo llegar á la altura de la ventanilla; faltaban algunos centímetros. Desesperado, el primo de Simona volvió á caer sobre sus talones.

— ¡Al demonio se le ocurre colocar una mirilla á esa altura! murmuró de modo que se le oyese. Habría que bajarla ó entreabrir la puerta. De lo contrario nada haremos.

Detrás de la puerta de roble, Verda se desternillaba de risa. Nunca se había divertido tanto. Debió de reflexionar que como aquel conato de hombre no ofrecía nada de muy temible, podría él quebrantar su consigna; puesto que, de repente, descorrió los cerrojos y abrió la puerta.

Entonces ocurrió algo rápido é imprevisto. La pesada hoja de madera tras la cual se hallaba el colosal hijo de Helvecia, fué empujada bruscamente por una mano de hierro y con tan prodigioso vigor que el señor Verda, proyectado hacia atrás como por una catapulta, fué á dar cuan largo era contra las baldosas del patio.

— ¡Caracoles! exclamó ¡Ese es el diablo!

Sin embargo, consciente de su deber, levantóse en menos tiempo de lo que puede imaginarse. Preparábase, con los puños cerrados, á jugar una mala pasada al engañador. Pero sus abiertos ojos no hallaron ningún enemigo en quien descargar su cólera. El patio estaba vacío, y la puerta cerrada, mostraba los cerrojos echados. Á no ser por las ligeras contusiones recogidas en su caída y que le demostraban la realidad, Verda hubiera podido creer que acababa de ser juguete de una alucinación. Mientras se frotaba sus lesiones, el honrado portero, dudando de su testimonio, volvió á la portería. En el umbral, quedóse parado, estupefacto. Y había motivo. Allí, instalado á horcajadas en la propia mesa del Goliath vencido, y teniendo ante sí dos picheles llenos de un aguardiente que olía bien, el infernal David patizambo aguardaba muy tranquilo.

El rencor y el espanto de Verda luchaban en él en iguales dosis. Aceptar su derrota sin chistar era mostrarse inepto para conservar su puesto de confianza y, por otra parte, entablar una lucha con aquel monstruo que, bajo su ridícula apariencia, ocultaba músculos comparables á los de las grandes fieras, era tentar al demonio. La frente del gigante ardía; su perplejidad lo conducía á una congestión.

Así debió de comprenderlo el hombrecillo, pues le tendió un pichel, diciéndole jovialmente: ¡Á tu salud, hermano!... ¡El trago de reconciliación!...

Verda no tenía más que un flaco, y era la bebida. ¿Lo sabía el enano, ó era adivino?... Desde nuestra

madre Eva y desde Esaú, que enseñaron el camino á sus sexos respectivos, la golosina ha sido fatal á muchas gentes. El enorme suizo abrió ojos de ogro, hinchó sus mejillas con viento de represalias; pero tendió la mano al pichel y lo vació de un trago.

Era un matarratas capaz de llevarse el paladar menos delicado. Verda estuvo á punto de sofocarse, por lo mucho que aquel líquido le abrasó el gástrico; é hizo chasquear la lengua. Estaba reconciliado, pues le habían conquistado á buenas.

— ¿Otro poco? dijo el enano, sacando el frasco que ocultaba bajo la polvorienta hopalanda.

— ¡Sí!

El segundo pichel siguió igual camino que el primero. Pero el coloso no pidió más. Acababa de abatirse en la silla, y, con la cabeza pesada y los brazos caídos, durmióse repentinamente. El líquido del hombrecillo contenía un narcótico.

He ahí por qué no se había equivocado Méjico al creer ver en el patio al contrahecho. Y he ahí también por qué no tenía Verda en su activo el acto de desobediencia que ese mismo Méjico le había imputado en su conversación con Simona; porque el hombrecillo se había instalado en la portería, en el puesto del suizo. Él fué quien había introducido, primero á Pietri, y luego á Pietri con Gonzalvo. En esta última circunstancia, abandonó el puesto que se había asignado, para seguir, escondiéndose, á los dos visitantes. Y de ese modo, con destreza de piel roja, sin revelar su presencia, había llegado, pisando los talones al duque

de Torino, hasta el cuarto de la condesa. Allí, habiase ocultado detrás del canapé, y, comprimiendo las protestas de su corazón, pronto á todo instante á arrojarse contra el infame para estrangularlo, había presenciado, impasible al parecer, las engañosas revelaciones del italiano, así como también la noble defensa de la pobre mujer que subía su doloroso calvario.

En cuanto el duque de Torino se hubo retirado, arrojado por el imperioso ademán del gnomo cuyos ojos lanzaban llamas, este último, en pocos instantes, hizo sufrir á su persona una extraordinaria transformación. Sus arqueadas piernas enderezáronse hasta la vertical, dándole una estatura imponente; sus cabellos de color gris amarillento, fueron arrojados lejos á modo de una peluca, y toda la expresión simiesca de su rostro desapareció de repente para mostrar un rostro masculino y noble de caballero cumplido.

Al salir de la grotesca figura del enano, este personaje extraordinario arrodillóse junto á la condesa desmayada y empezó á frotarle las sienes para volverla á la vida. No tardaron las mejillas de Constancia en colorarse de un ligero tinte encarnado, que anunciaba su vuelta en sí; el pecho dejó escapar un débil suspiro, ella abrió los párpados y volvió á cerrarlos, pues la luz del día hirió su vista incierta; luego, abriendo por fin los ojos, lanzó un grito de profunda alegría al reconocer al que se inclinaba hacia ella:

— ¡Luis!.. ¡Luis!.. ¡Luis mío!.. ¡Vivo!..

Era, en efecto, el conde Luis de Lespare, el enano que se había introducido en su propio hotel tomando

el aspecto de un desheredado de la naturaleza, empujando y emborrachando á su suizo. Era el capitán teniente de mosqueteros negros, cuya misteriosa desaparición era el tema favorito de las leyendas de vivac. ¡Era el héroe anónimo á quien el rey Luis debía la más brillante de sus jornadas de gloria! Con apasionado ademán, Constanca le echó sus blancos brazos alrededor del cuello, y él, llevándola tan fácilmente como hubiera hecho con un niño, la depositó en el canapé y sentóse á su lado.

— Luis mío, dijo la condesa, apoyando la frente en el hombro de su marido: ¡Perdóname! ¡Perdóname!.. Si soy culpable, es de haber dudado un solo instante de tu amor.

— ¿Qué dices de perdón? Pobrecita mía querida... replicó el conde, cubriéndola de caricias. Mira, estaba yo tan seguro de tu corazón, que he permitido á ese hombre que agotase toda su trama de calumnias... ¡Yo estaba ahí!..

— ¡Oh! ¡cuánto he sufrido!

— ¡Sí, he hecho mal en no aplastar antes á esa víbora!

— ¿De modo que estás libre?

— ¡Ay! no, mi querida Constanca. ¡El miserable que acaba de salir de aquí me ha envuelto tan bien en las mallas de su perfidia que, estando en juego nuestro honor... todo el mundo debe creerme muerto, excepto tú, que me sabes vivo!.. El acto de justicia que dió fin á los cobardes proyectos de espoliación concebidos por el duque de Toranzani, asesino de tu

desgraciado padre, parece ser que no ha podido agotar el manantial de las lágrimas que esa odiosa familia ha jurado hacerte derramar...

— ¡Ah! ¡mis presentimientos!... ¡mis presentimientos de Tanlay!.. ¿Te acuerdas, Luis?.. Yo tenía miedo...

— ¿Has mirado bien á ese hombre, Constanca?.. ¿No sospechas quién es?

— Sólo he notado en su rostro el estigma de la hipocresía y de la falsedad... Además, me ha jurado no tener parentesco con el duque de Toranzani.

— ¿Podía, acaso, jurar otra cosa?... exclamó con repugnancia el conde. ¡Es hijo natural de ese hombre!.. ¡Es espía de los ingleses!.. ¡Es, en fin, el que ha hecho raptar á nuestra hija, en el momento en que yo caía herido por su acero asesino!..

— ¡Ah! Luis, ese hombre me ha torturado durante una hora.

— Y no estás aún al fin de tu calvario, pobre mujer, respondió, entristecido, el conde.

Después, lentamente, Lespare contó á su esposa el relato de su generosidad para con los dos italianos, que él reconoció como hijos de sus antiguos enemigos y á quienes tuvo que mandar detener como espías del ejército inglés.

Constancia sollozó cuando el conde llegó á exponerle el rigor inflexible del rey. Encontró luego un rayo de esperanza al verle salir de su tienda con la espada confiada por el joven César de Largavida. Parecíale revivir aquella hora, con todas sus amarguras é ilusiones.

— En fin, dijo el conde para acabar, dejado por muerto en el bosque, después de nuestra lucha contra los granaderos sajones, me desperté en la cama de campaña de mi tienda; transportado allí no sé por quién ni cómo... Entonces, afluyeron á mi cerebro las ideas más extraordinarias... En mi inconsciencia que, sin ser la muerte, no era todavía la vida, parecióme

oír hablar de que no se encontraba á Enriqueta... De una traición felizmente conjurada... y, al fin, de honores fúnebres que había que hacer á alguien... ¿Qué habría sucedido?... Volviéndome la vida al mismo tiempo que la inconsciencia de mi desgracia, pues las pocas palabras oídas adquirían para mí un sentido... desesperante... Yo estaba solo... muy solo... ¿Podía alguno velar los despojos del que Su Majestad renegaba, sobre los despojos de un traidor?... Tú me apareciste en una visión, Constancia... me apareciste enlutada... y, en un instante, estuve en pie, á pesar de los horribles derrames de mi herida... Yo no tenía derecho á dejarme morir... Me era necesario vivir, á cualquier precio, y vivir libre... Así como antes Constancia de Calonne necesitaba un defensor, así ahora me llamaba en su auxilio mi hija. Tenía yo que cumplir una doble é imperiosa tarea: encontrar á Enriqueta para devolverla á su madre y castigar al miserable traidor que aprovechó mi honor y mi clemencia para vender y entregar el ejército real. Sostenido por la idea de ese deber que cumplir, tuve la energía de deslizarme fuera de mi tienda y alejarme del campamento. Bajo un disfraz comprado al día siguiente en un cortijo flamenco, pude despistar todas las indagaciones. Estoy obligado á esconderme, como en nuestra juventud, y puesto que en aquella época me dió buen resultado la astucia, me he vuelto á convertir en el grotesco Tortillard de nuestros años de juventud dolorosa, en el enano cuya envoltura risible y cuya temible astucia sirven á la vez de escudo y de guía al justiciero!

Constancia de Lespare había escuchado esa punzante explicación sin interrumpirla.

— ¿Qué quieren hacer de nuestra hija? preguntó. Tú la volverás á encontrar ¿verdad?

— ¡Sí, Constancia, por eso no me he muerto!... Pero no te forjes temores quiméricos: Enriqueta tiene sangre mía en las venas; es fuerte, audaz, enérgica y no conoce el miedo. La han apresado con el uniforme de alférez de mosqueteros negros; con ese traje nos será devuelta... ¡Si tiene, como supongó, tanto de Tortillard como de Lespare, sus enemigos ignorarán siempre que han tenido en su poder una niña y no un soldado!

El conde cogió á escape su peluca, porque en el cuarto contiguo se oía una voz estentórea que parlamentaba con Méjico, el intendente, y le respondía de este modo:

— ¡Pero siempre voy á tropezar con este hidalgo en mi camino!... ¡Déjame pasar, mocoso!... ¡La señora condesa nos espera!

Luis de Lespare había vuelto á colocarse la peluca de gris amarillento, é, instantáneamente, se arquearon sus piernas, y recobró la poco agradable figura del vencedor de Verda.

Á la condesa le costaba trabajo creer al testimonio de sus ojos.

— ¿Para qué? preguntó. Deben de ser tus dos amigos Jarnac y Chaminade.

— Señora, respondió el hombrecillo, modificando la voz hasta el punto de hacerse desconocida. Luis de

Lespare vivo se ha mostrado á usted, y sólo á usted. Para los que vienen como para todos los otros, no revivirá sino después de haber reconquistado honor y dicha... Su fuerza actual reside en su inmateria- lidad. ¡Por eso ha delegado sus poderes á un demonio familiar, al enano Tortillard!

La puerta, empujada con estrépito, dió paso al viejo tolosano y á su tímido compañero.

Aunque portadores de fúnebres noticias, llegaban como conquistadores, porque á éstos no les abandonaba nunca la esperanza. Jarnac entró casi de espaldas. En efecto, empujaba á Méjico hacia afuera, diciéndole en tono que no admitía réplica alguna:

— ¡Joven descendiente de Castilla la Vieja, váyase á ver si estamos un poco más lejos! ¡Tenemos que hablar á la condesa!

Se detuvo, porque acababa de tropezar contra el enano que se había colocado en su camino.

— ¡Demonio! exclamó, volviéndose y mirando á sus pies. ¿Qué es esto?

Pero como los ojos del hombrecillo se cruzasen con los suyos, sobresaltóse, cual si acabara de ser mordido por una culebra.

— Oye, dijo al oído de su *alter ego*, ¿no hemos conocido algún contrahecho?

— Creo que sí, mi noble amigo.

— ¿Con ojos como esos?

— Idénticos.

— ¿Y cómo se llamaba?

— ¡Tortillard!

— ¡Tortillard! ¡Ah! ¡cuernos de Satán! ¡Eso es! Pero, ¿por qué desapareció aquel hombrecillo, á raíz de nuestro gran asunto... de las murallas de Módena?

Esas palabras fueron cambiadas en voz baja entre los dos esgrimidores.

No hallando solución alguna á sus preguntas, decidieronse á cumplir la misión de que estaban encargados.

— Señora condesa, dijo Jarnac, inclinándose ante Constancia, quisiéramos hablar á usted sin testigos, el maestro y yo.

— Pueden ustedes hablar. Este hombre no está de más; es un amigo fiel del conde.

— ¡Ah! exclamaron asombrados los profesores.

El tolosano continuó :

— Ya que es así, hablaremos, pues, señora condesa... Venimos...

— Los dos... acentuó Chaminade.

— Para anunciarle una noticia...

— Muy triste...

— ¡Tanto como falsa! interrumpió el hombrecillo.

Los dos maestros de armas se esperaban tan poco interrupción tan irreverente, que se quedaron alhelados.

— ¿Qué es eso?.. dijo Jarnac, tocando su espada.

— Vamos á ver, amigos míos, dijo la condesa, ¿qué noticia es esa?

El tolosano tosió un poco para darse aplomo y prosiguió, mirando al suelo :

— El señor conde de Lespare...

— Su querido esposo... añadió Chaminade en la misma postura.

— Y nuestro amigo...

— Muy querido...

— Está, desgraciadamente...

— ¡Oh! muy desgraciadamente...

— ¡Todavía en el mundo de los vivos! interrumpió de nuevo la voz irónica del enano.

Los dos inseparables se volvieron con el mismo movimiento.

— ¿No es posible? gritaron á una.

— Y, sin embargo, es tal como tengo el honor de decirles.

— ¿Vivo, el conde?

— ¿El capitán, vivo?

— ¡Y nada dispuesto á perecer antes de haber encontrado al alferez Enrique y clavado la calumnia á la garganta de su detractor!

— ¡Ah! exclamó Jarnac, apoyándose en su amigo. Chaminade, ¡mis piernas parecen de algodón!

— ¡Y las mías se escapan! dijo Chaminade.

El hombrecillo los miraba con tierna compasión.

— ¡Vaya, amigos!.. les dijo. ¿Es eso lo mejor que encontráis para festejar á un antiguo compañero, después de tantos años de separación?... ¿á un antiguo compañero de lucha, cuya primera acción es traeros noticias más frescas y menos lúgubres que las vuestras, del conde de Lespare, á quien sé tienen ustedes gran fidelidad y afecto?

El viejo Jarnac se inclinó, lo cogió por la cintura y le besó furiosamente en las dos mejillas.

— ¡Caramba! exclamó levantándose y dirigiendo

sus largos brazos al cielo. ¡ Tortillard de mi corazón, hoy es el día mejor de mi vida!

— ¡ De nuestra vida!.. rectificó Chaminade, que, á su vez, abrazó al enano.

Á pesar del temor que tenía aún por la suerte de su hija, la condesa pasó los grandes apuros para disimular una sonrisa.

Los dos maestros dieron fin á sus efusiones resumiendo la situación con estas dos frases que, como siempre, se completaban una á otra:

— Ya que la Providencia ha tenido á bien salvar al padre, sólo le falta, ¡ cuernos de Satán! ayudarnos á encontrar al hijo!

— Conservándonos sanos de espíritu, añadió Chaminade.

El enano les puso entonces al corriente de los proyectos del conde:

Arrojado fuera de la sociedad por una acusación de traición que fué obra del traidor mismo, y obligado á ocultarse para quedar libre, así como también para desenmascarar mejor á su enemigo, había recurrido, en su desgracia, á su antiguo amigo Tortillard. Llegados los días tristes, habíase acordado felizmente de los servicios que le prestó ese ser original, cuya notable inteligencia hacía perdonable su poca estética. Y Tortillard, siempre servicial, tuvo á bien volver á ponerse á sus órdenes, prometiendo que, como antes le había ayudado á vengarse del duque de Toranzani, sabría atraer al bastardo hacia la espada justiciera de Lespare.

— ¡ Evohé! gritó Jarnac, agitando el sombrero. Van

á volver á florecer los buenos tiempos de las estocadas.

¡ La golosa Petrusquina se estremece de alegría!

— Vengan, amigos míos, dijo finalmente el hombrecillo, llevándose á los dos maestros hacia la puerta. Hay que prevenir discretamente al señor marqués de Gherlor y al vizconde de Courten, para que impidan al enemigo del conde el continuar, ante el rey, su infame maquinación; luego, con nuestra ayuda, Lespare saldrá también victorioso de esta lucha.

Antes de franquear el umbral de la puerta, el hombrecillo se volvió y dijo á media voz, colocándose un dedo en los labios:

— ¡ Guarda mi secreto para ti sola, Constancia, para ti sola, suceda lo que sucediere!... ¡ De él depende nuestra felicidad!

Y cuando los esgrimidores, sorprendidos de no oírle, iban á volverse, se unió á ellos, soltando su risa de cascanueces.

III

LA CAUTIVA

Los dos granaderos anglosajones que se habían apoderado de Enriqueta de Lespare, disfrazada de alférez de mosqueteros, no tuvieron que trabajar mucho para dominar los esfuerzos de su prisionero que intentaba escaparse de sus ligaduras.

Para ese golpe de audacia y astucia, Pietri Pertuso había tenido el cuidado de escoger los más robustos entre los soldados ingleses. Pero, sujetado á traición y arrojado á través de los hombros de sus raptos, que se internaron en el bosque á paso de carga, el joven alférez tuvo tiempo de dirigir un grito desesperado á su padre.

— ¡Demonio! gruñó Pietri: ¡ese infame conde es capaz de atravesar á toda la jauría que anda tras él, para venir en socorro del condenado lobezno!.. Vamos á poner buen orden. Arrancóse el fajín, y, sin disminuir en nada la velocidad de los portadores, amordazó al alférez casi hasta ahogarlo.

— ¡Á la derecha! exclamó. ¡Despistemos al jabalí! Los sajones obedecieron.

Sabemos que la precaución de Pietri era superflua; puesto que el capitán de mosqueteros, al volverse para contestar al llamamiento de su Enrique, tuvo un segundo de descuido que le fué fatal. Gravemente herido por Gonzalvo, cayó á través del sendero que defendía. Durante más de un cuarto de hora, los dos granaderos ingleses y Pietri, inclinándose algo hacia la izquierda para volver á encontrar el camino abandonado por ellos, continuaron corriendo sin parar.

Al fin, ordenó el italiano:

— ¡Alto!

Habían llegado al centro del bosque de Barri, á un lugar donde se alzaba una vieja cabaña de tablas que debió de servir de abrigo á algunos carboneros.

Por el camino, no se contentó Pietri con amordazar á su cautivo, sino que, además, lo había atado, quitándole toda posibilidad de hacer uso de sus brazos y piernas. Los sajones depositaron su carga en el suelo. Sentáronse junto á ella para tomar aliento y secarse la frente. No se podía haber escogido mejor abrigo que aquel lugar, para evitar toda sorpresa. Demasiado poblado de árboles para poder servir de campamento á los ejércitos enemigos, que preferían dar y recibir la muerte al aire libre, hubieran podido creerse á cien leguas de la batalla, si el sonido de los clarines, el tiroteo de la mosquetería y, sobre todo, el ronquido del cañón, no hubieran dejado oír algunas notas sordas del gigantesco concierto que se producía en la llanura.

Enriqueta no podía hacer un movimiento, y apenas si le era permitido respirar á través la tela apretada de su mordaza; pero, en cambio, su mirada hablaba. Iba de uno á otro, sin aprensión, sin miedo, llena de desprecio. En aquel momento, los ojos azules de los soldados sajones se cruzaron con los suyos, y uno de ellos, apiadado de la juventud del prisionero, se inclinó hacia él con intención de aflojarle las ligaduras.

— ¡*Diavolo!* rugió Pietri, empujándole; ¡este joven pertenece al duque de Torino! ¡No lo toque!

Y continuó, con menos aspereza:

— Además, van á tener ustedes que volver á reunirse con su oficial y sus compañeros, para ayudarles á rematar la tarea... Van á ver el guardián que destino á este mozalbete.

Colócase dos dedos en los labios y produjo un silbido estridente. La puerta de la cabaña giró sobre sus goznes y en el umbral apareció un hombre de elevada estatura, cuyo sólo aspecto hizo retroceder á los dos soldados. No se sabría decir si fué por horror ó por asco. Aunque aisladamente no podía invocarse ninguno de esos sentimientos, pues el habitante de la choza era á la vez repugnante y terrible de ver.

Era un individuo de desmesurada estatura cuyos musculosos miembros se escondían mal bajo un uniforme remendado y demasiado estrecho para él, de carabinero galo. Sus manos nudosas eran velludas y estaban como cubiertas de un vellón leonado. Tenía un peluquín lanoso y barba inculta de color rojo de fuego. Pero lo más horrible era verle el ojo izquierdo,

su único ojo (porque la otra órbita estaba vacía y sólo mostraba una cavidad sangrienta) reirse con pérfida risa. Como última extravagancia, aquel ser innumerable llevaba, atado al cuello, á la manera de los perros, un enorme cascabel.

— Tuerto, dijo Pietri indicando el prisionero al recién venido; el señor duque confía á tus cuidados á ese lindo jovenzuelo... Tienes que guardarlo hasta nuestro regreso. No charles demasiado, pues eso podría cansarle.

El gigante abrió los labios como para responder, y los espectadores apartaron la vista ante el espantoso espectáculo de aquella boca vacía en que faltaba la lengua. De aquel agujero negro, salió un sonido inarticulado.

— ¡En marcha!.. ordenó Pietri. Ya es hora de ir á ver lo que ha pasado en nuestra ausencia. El alférez está en buenas manos... El Tuerto sabrá guardarlo bien... Y sobre todo, añadió volviéndose al gigante, reténlo mejor de lo que has sabido retener tu lengua.

Soltó una carcajada y se llevó á los sajones por la vereda que acababan de recorrer.

El horrible mudo, cuya nacionalidad no se sabía, hacía poco tiempo que se había instalado en el país. Estaba acompañado de una pobre joven, muy bella, que parecía haber perdido el juicio. Ésta se hallaba vestida con un traje vetusto cuyo original corte recordaba el de los vestidos de los habitantes de las cercanías de Lorient; pero las buenas gentes de los alrededores no podían adivinar su procedencia, pues nin-

guna había estado en Bretaña. Y como fué imposible saber por ellos mismos de dónde venían y cómo se llamaban, se había acostumbrado á designarles, á él, por « el Tuerto », y á ella, por « la Simple ». La Simple servía de criada al gigante, y, al mismo tiempo, era la que pagaba su mal humor. Esos dos vagabundos habían vivido de la caridad hasta la llegada de las tropas aliadas á Escaut. Entonces, el Tuerto se hizo merodeador.

Una noche, un caballero galo de la brigada de lord Chinchill fué hallado muerto y despojado de su uniforme. Al día siguiente, el Tuerto fué detenido y condenado á la horca. Todo probaba su culpabilidad, puesto que era portador del uniforme arrancado al galo asesinado.

Sin embargo, no llegó á efectuarse la ejecución, gracias á intervenir el duque de Torino, espía agregado al servicio del duque de Cumberland y que había reconocido todo el partido que podía sacarse de aquella bestia cuyo mutismo forzoso era un aliciente.

El Tuerto fué, pues, indultado, y se convirtió en esclavo de Gonzalvo.

Al perderse en lontananza el ruido de los pasos de Pietri y los sajones, acercóse á Enrique el gigante y empezó á mirarle con una curiosidad que no debía de ser en él costumbre. Tal vez el lindo rostro del mosquetero, y sus manitas y piecitos finos le dieran que reflexionar. Al cabo de un rato, movió la cabeza y se inclinó contra el cuerpo del alférez, á quien cogió del talle con ambas manos, como si fuera un niño.

Así conducida por el Tuerto, Enriqueta fué trasladada á la choza y depositada sin mucha brusquedad en un lecho de hojas secas. Luego, el gigante se dió dos ó tres golpes en el pecho, haciendo danzar sonoramente el cascabel que le colgaba del cuello.

— Esto debe de ser una llamada, pensó Enriqueta. Este feo cancerbero no estará solo aquí. En la imposibilidad en que se encuentra de servirse de la voz para hacerse entender, agita un cascabel.

No se equivocaba.

Al ruido, la puerta de un tinglado adosado á la cabaña se entreabrió, dando paso á una mujer que, á pesar de la obscuridad de adentro, produjo en Enriqueta el efecto de una visión celestial. Era una mujer joven, de rostro infantil y tímido y dulce mirada. Era bella, con belleza enfermiza de martirio.

Desde su llegada á Flandes, no había visto aún la señorita de Lespare un traje parecido al que aquella traía, ni tocado que pudiera compararse con el suyo. Por desgracia, los ojos de aquella pobre, reflejo de una inteligencia perdida, erraban por todas las cosas, inciertos, tímidos y como sin luz.

Esa era la desdichada que el miserable tenía bajo su dominio y á quien llamaban la Simple.

El Tuerto señaló con la mano al alférez tendido en las hojas. Con enérgica mímica, parecía ordenar á su compañera que cuidase del prisionero. Luego, salió afuera, y puso una barricada ante la carcomida puerta.

Así que la Simple se halló á solas con el prisionero,

arrodillóse junto á él, y sus dedos desataron á toda prisa las ligaduras que le apretaban. Enriqueta, desolada, la miraba. Al principio, concibió la esperanza de ganarla á su causa y de servirse de ella para reconquistar la libertad é ir á unirse á su padre. ¿Estaría aún el conde peleando con sus enemigos; puesto que no había venido en su socorro? ¿ó se hallaría, acaso, herido?.. Pero, ahora que ella tenía las manos libres, ahora que sus pies podían sostenerla, Enriqueta permanecía inerte, anquilada, porque en los inexpressivos ojos de la aldeana acababa de leer su desgracia. Sin embargo, como su carcelera no tenía nada de feroz — ¡oh, no! ¡al contrario! — quiso intentar un experimento, y la preguntó:

— ¿Quiere usted decirme su nombre?

La Simple echó á reír inocentemente. Esa pregunta se deslizó en su entendimiento, sin que pudiera comprender el sentido.

— ¡Ah! pensó la de Lespare, ¡si siquiera estuviera conmigo Justina, entre las dos ya daríamos buena cuenta del Tuerto que está de facción ahí afuera.

Pero estaba sola, muy sola, con aquella joven primitiva. Repitió:

— ¿Cómo se llama usted?

Evidentemente, la Simple hacía esfuerzos para solucionar el problema. Pero el resultado fué negativo, pues sus labios dejaron caer estas palabras de desaliento:

— No sé.

— ¿Ama usted á ese hombre, al Tuerto?

— ¡Oh! ¡oh! moduló la desdichada, contrayéndosele todas las facciones en una expresión de horror.

— ¡Hola! ¡hola! pensaba Enriqueta. ¡Le odia! ¡No es malo saberlo!... Por desgracia, esta infeliz criatura no puede servirme de nada por ahora. ¿Cómo conseguiré salir de aquí?

La Simple, de rodillas aún, habíase apoderado de una mano de Enriqueta y la acariciaba como se acaricia la mejilla de un niño. La conversación no continuó. Hasta la noche permanecieron ambas silenciosas, Enriqueta abismada en sus amargas reflexiones, la otra entregada á la nada de su imaginación vacía.

Hacia ya buen rato que había dejado de oírse el cañón á lo lejos. Hacia la caída de la noche, resonaron pasos en el bosque y gritó una voz:

— ¡Eh! ¿Tuerto? ¿Tienes todavía nuestra caza?

Enriqueta se enderezó apoyándose en el codo. Acababa de reconocer la voz de su adversario de la víspera; la voz del duque italiano, espía y traidor. Iban á abrir. De un salto, púsose en pie dispuesta á saltar afuera y á aprovechar la obscuridad naciente para huir por el bosque. El mudo se ocupaba en deshacer la barricada de la puerta.

— ¿No hay luz en tu palacio? preguntó otra vez la voz de Gonzalvo. ¡Enciende, Pietri!

Oyóse el choque de la piedra de un eslabón y brotó una llama, que iba á estriar la obscuridad de lo interior de rayos luminosos que se infiltraban entre las tablas mal unidas.

La Simple, previendo una complicación, habíase

acercado al mosquetero prisionero, como para protegerlo. Entonces ocurrió algo muy rápido. Habiéndose abierto la puerta, Enriqueta empujó dulcemente á la Simple y salió hacia la libertad. Por desgracia, fué á tropezar con el Tuerto que dió un gruñido simiesco y que, de un formidable puñetazo, dado en pleno pecho, la hizo caer, medio muerta, en el lecho de follaje. El dolor le arrancó un débil grito. Vió que todo daba vueltas en derredor suyo y cerró los ojos, creyendo que la fiera iba á exterminarla.

— ¡Por mi patrón! exclamó el duque de Torino. He ahí un golpe bien dado, querido. ¡Á no ser por ti, el oficialillo toma soleta!... Entremos, que tenemos que hablar.

Los tres hombres penetraron en la cabaña, cuya puerta se cerró y fueron á sentarse en un banco circular plantado alrededor de un tronco de árbol que formaba mesa, en medio del cual clavó Pietri Pertuso la tea.

Hablaron en voz baja. El Tuerto respondía por señas á las preguntas que le dirigían. Desde la derrota de los ingleses, el duque de Torino no se sentía muy seguro en aquella cabaña, que había sido su cuartel general de espionaje y que contenía una fortuna; puesto que, aquella misma mañana, el tesorero del duque de Cumberland le había entregado cinco mil libras esterlinas, precio de sus informes.

Tenia cierta desconfianza desde que fué reconocido por los vencidos, y deseaba ponerse al abrigo instalándose en las líneas del ejército real, ya que Luis XV

se había mostrado agradecido para con él. Por otra parte, aunque nada temía del conde de Lespare, pues estaba seguro de haberlo matado, creía que los amigos de Enrique no dejarían de buscar á este alférez. Tratábase, pues, de descubrir en pleno campamento francés un edificio cualquiera que pudiese servir de cárcel al prisionero.

El Tuerto, puesto al corriente de lo que deseaba el duque, dió á entender que precisamente conocía un edificio que podría servir para su objeto, en el cual había habitado él mismo al llegar á aquella comarca. Y se ofreció á guiarles él mismo.

Á media noche, fué abandonada la cabaña, y la pequeña tropa se puso en marcha hacia el campo de batalla. Pietri y el Tuerto caminaban delante, el primero llevando en una valija toda la fortuna de su amo, y el segundo, conduciendo al oficial envuelto en una gran capa oscura que le ocultaba el uniforme, las ligaduras y la mordaza que habían creído conveniente volverle á poner. Detrás, venían el duque y la Simple.

En contra de lo que preveían, la llanura que fué teatro de la batalla, no parecía una necrópolis dormida. Al contrario, estaba llena de enfermeros y enterradores. Animación que fué favorable á nuestras gentes; pues, si no pasaron inadvertidos, tomaronlos por valientes que conducían á un herido. Franquearon las líneas y llegaron á un molino inhabitado, que era el lugar elegido por el Tuerto para instalar á su amo. En seguida bajaron á Enriqueta á la bodega, la acom-

pañó la Simple. Esa bodega sólo tenía un tragaluz interior. Era un admirable escondite que podía desafiarse á sabuesos más hábiles que Jarnac y Chaminade. De ella, no saldría Enriqueta sino para ser llevada á Francia por sus perseguidores. Allí permaneció encerrada más de quince días, privada de aire y de luz, bajo la guardia del terrible mudo.

Sin embargo, en su miseria, Enriqueta tuvo una alegría, la de reconocer las bellas cualidades de alma de la pobre inocente que estaba siempre á su lado. Y no pudo permanecer todo ese tiempo con ella sin ponerle en el secreto de su verdadero sexo.

Ante tal revelación, la Simple lloró y torció las manos y juró que haría todo lo posible para defenderla y aumentar el error de sus enemigos acerca de su sexo. La desgraciada tenía que cumplir su palabra. ¡Y hasta había de hacer aún más!

IV

LA SANGRE SICILIANA

Al salir del hotel de Lespare, en donde su visita había terminado del lastimoso modo que sabemos, Gonzalvo de Torino bajó rápidamente la calle de Francs-Bourgeois. Hizo al oficioso Pietri una seña para que le siguiera; mas no pronunció una palabra, y únicamente sus andares febriles indicaban el estado de exasperación á que había llegado.

Muy intranquilo respecto del resultado obtenido, pues la singular actitud de su amo no presagiaba nada bueno, Pietri Pertuso se apresuró á obedecer.

De ese modo, el primero gesticulando como un loco, y el segundo vigilándole como vigilan los guardianes de los manicomios, llegaron ambos á la calle de Venecia, que aun tenía mala fama, y doblaron por la de Quincampoix que, pocos años después, tuvo la gloria efímera y engañosa de dar asilo al financiero escocés Law de Lauriston, patrón de los que hacen bancarrota. El edificio que formaba la esquina de las dos vías que